

El doctor Simarro y su tiempo

S. Giménez-Roldán

Ex profesor-jefe, Servicio de Neurología. Hospital General Universitario Gregorio Marañón, Madrid, España.

RESUMEN

Hombre de inteligencia y cultura excepcionales, Luis Simarro Lacabra (Roma, 1851-Madrid, 1921) alentó vocaciones en jóvenes entusiastas que configuraron la llamada Escuela Madrileña de Neurología y fue la persona clave para que Ramón y Cajal decidiera su dedicación a la neurohistología. Tras una orfandad traumática y una juventud rebelde, encontró en Madrid el substrato que le permitió entregarse al estudio del sistema nervioso, desde el microscopio a la clínica. Basada en la filosofía krausista, la Institución Libre de Enseñanza (ILE) fue durante años (1857-1939) el núcleo intelectual fundamental de la nación, proclamando la libertad de conciencia y la ciencia como base del progreso. Por las aulas de la ILE pasaron científicos como Einstein y literatos como Tolstói, con Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) como *alma mater*. En el *Boletín* de la ILE mostró Simarro su erudición “al día” de la fisiología del sistema nervioso, proponiendo que el aprendizaje de programas motores ocurría mediante la repetición de determinado movimiento. Excelente neurólogo clínico, refutó a Charcot en el peritaje del caso Larios, diagnosticó la localización prequirúrgica de un tumor cerebral y propuso la explicación de los signos neurológicos involutivos en pacientes seniles, de acuerdo con las ideas evolucionistas de Hughlings Jackson sobre la jerarquización estratificada del sistema nervioso. Seguidor del degeneracionismo cerebral de Morel y Magnan, le preocupaban las bases neurales de la consciencia, la fatiga mental, la voluntad y el libre albedrío. Como colofón de su vida, sus amigos Nicolás Salmerón (1838-1908), presidente del Poder Ejecutivo de la Primera República Española, y el pedagogo y filósofo Giner de los Ríos promovieron en 1902 la creación de una cátedra de psicología experimental en la Facultad de Ciencias de Madrid, la primera que hubo en España.

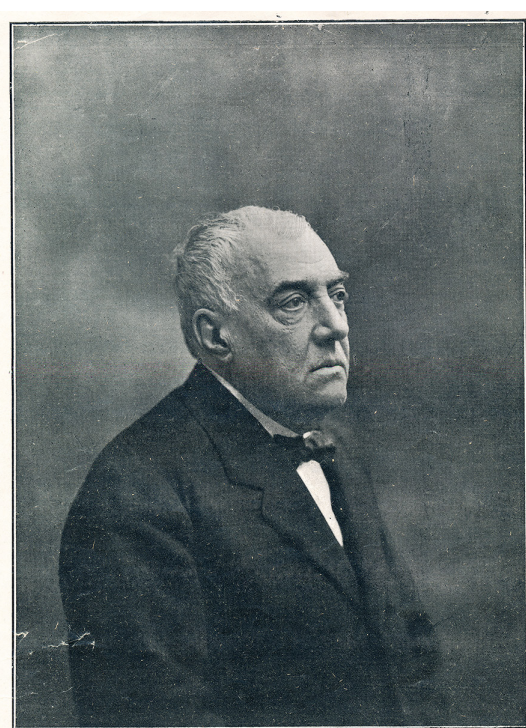
PALABRAS CLAVE

Escuela Madrileña de Neurología, Giner de los Ríos, Institución Libre de Enseñanza, Luis Simarro, neuropsicología, psicología, psiquiatría, Ramón y Cajal

Introducción

Luis Simarro Lacabra (Roma, 1851-Madrid, 1921) fue un intelectual polifacético, personaje de diversos intereses y extensos saberes. Europeísta por formación y convencimiento, en lo que a los neurólogos concierne vale decir que fue, en cierta medida, iniciador en España del abordaje científico, moderno y riguroso del estudio del sistema nervioso, desde la neurohistología hasta el examen de las funciones corticales superiores. En la presente monografía otros autores estudian su papel

como histólogo (J.J. Zarranz) y su relación con Cajal (J.J. Campos Bueno). Subrayemos ahora su capacidad para promover grandes vocaciones. Así fue en la calle General Oráa, de Madrid, su propio domicilio, donde Nicolás Achúcarro se había iniciado en histología¹ y Lafora realizó bajo su tutela la tesis doctoral sobre el cerebro de los peces de colores². Ellos fueron iniciadores a su vez de la Escuela Madrileña de Neurología³. Encontró en el hervidero intelectual de la Institución Libre de Enseñanza (ILE) la audiencia apropiada para hablar del



Ilustre y Poderoso H.º Doctor Luis Simarro, 33
Gran Maestro, Presidente del Gran Consejo de la Orden del GRANDE ORIENTE ESPAÑOL;

Figura 1. Luis Simarro en su juventud (izquierda) y como miembro del Gran Oriente Español (derecha).

sistema nervioso. Conferencias como “Teorías modernas sobre la fisiología del sistema nervioso”, en las que exhibía su impresionante erudición, con citas de primera mano de Galeno, Vesalio y Huarte de San Juan, y puestas al día de las publicaciones de Flourens, Claude Bernard y Brown-Séquard⁴, sin duda procedentes de su nutrida biblioteca personal. Y concluir, como brillante broche de su vida, con la creación de la primera cátedra en España de psicología experimental⁵.

Es necesario aclarar que la memoria de Simarro, como también fue la de Cajal, estuvo oculta por razones políticas hasta haber sido casi un desconocido durante los largos años que siguieron a la Guerra Civil española. Casi medio siglo tardó la Real Academia Nacional de Medicina de España en celebrar una sesión en homenaje a Cajal⁶, cuando muchas décadas antes ya se habían adelantado, con excepciones⁷, médicos españoles exiliados^{8,9}. En cuanto a Simarro, se apresuraron a

eliminar su nombre del callejero valenciano en 1940, origen de su familia, “por incompatibilidad ideológica”¹⁰ y fue sistemáticamente ignorado en aulas y estrados. Incluso por personas que debieran haber estado mejor documentadas, como don Pedro Laín Entralgo, por lo demás meritorio catedrático de historia de la medicina en Madrid, quien confesaba con franqueza: “No me he ocupado especialmente en conocer la vida y obra de Simarro”¹¹. Esto ocurría en 1987 y no era cuestión de desinterés o negligencia. En realidad, su perfil como masón era incompatible con el Régimen, con la conocida obsesión del dictador por la masonería y sus curiosos artículos periodísticos publicados bajo pseudónimo en el diario *Arriba* (1946-1951) en los que acusaba expresamente a Simarro¹². El psiquiatra Castilla del Pino recordaba siendo estudiante de medicina una pira de libros ardiendo en medio de la calle San Bernardo, junto a la Universidad Central de Madrid. Pudo apartar

uno: se titulaba *La doctrina de las secreciones internas*, el autor era Maraón y estaba dedicado al doctor Simarro, la primera vez que tuvo noticias de su nombre^{13(p.287)}. No todos los neurólogos lo ignoraban: en el aula del servicio de neurología fundado por Gonzalo Moya (1931-1984) en 1964¹⁴ colgaba una foto poco conocida de Simarro joven (figura 1A), además de Simarro en su madurez (figura 1B) como uno de los iniciadores de la especialidad en España¹⁵.

En el presente artículos hemos estudiado el paso de Simarro por las distintas instituciones con las que se relacionó, la huella que dejaron en su trayectoria humana y científica, y su amistad con algunos de los personajes que le dejaron su impronta.

Material y métodos

La cronología de los lugares y circunstancias políticas en la vida de Luis Simarro se han tomado del libro-homenaje de Helio Carpintero, Javier J. Campos y Javier Bandrés^{5(p.93-108)} con motivo del centenario de la creación de la cátedra de psicología. La infancia y juventud de Simarro se ha tomado del excelente estudio por el patólogo e historiador valenciano Francisco J. Vera Sempere (2002). El libro publicado por el CSIC de Vidal Parellada¹⁶, si bien contiene errores, ofrece datos menos conocidos de Simarro, como su correspondencia con Cajal, Francisco Giner de los Ríos y otros personajes, de evidente utilidad. La biblioteca del Ateneo de Madrid, con abundantes obras del siglo XIX y principios del XX, ofrece información interesante sobre la ILE. En Dialnet y *Revista de Historia de la Psicología* se encuentran interesantes artículos sobre Simarro y su obra en formato pdf.

Resultados

Infancia trágica y juventud rebelde

Su nacimiento en Roma fue circunstancial: su padre, el pintor valenciano Ramón Simarro Oltra (1822-1855), había sido pensionado en Italia cuando, gravemente enfermo de tuberculosis, se vio forzado a retornar con su familia a Xàtiva, alojándose en la calle Roca, nº 15. Tras fallecer, la madre del pequeño Luis, la poetisa alicantina Cecilia Lacabra Lamas, se precipitó a un patio interior del inmueble, falleciendo en el acto. Se asegura que con su hijo en brazos, lo que explicaría la ligera cojera que acompañaría a Simarro toda su vida. Tanto el padre como la madre fueron enterrados el mismo día, un 8 de mayo

de 1855, cuando el pequeño Luis contaba cuatro años de edad. Levantaría años después una lápida esculpida por Mariano Benlliure Gil (1862-1947) dedicada a sus padres¹⁰.

Quedó a su cuidado un tío materno. En el Instituto Provincial de Segunda Enseñanza local, el periodista y catedrático de latín Vicente Boix Ricarte (1813-1880) le recomendó para dar clases de historia natural en el colegio San Rafael, en Valencia; los religiosos le expulsaron al saber que leía a Darwin¹⁷. Vicente Blasco Ibañez (1867-1928), novelista republicano radical y fundador del rotativo *El Pueblo*, le invitó a participar en una escuela popular con clases nocturnas para disertar sobre higiene laboral en el Centro Republicano de la Clase Obrera de Valencia^{5,18}. En 1869 comenzó sus estudios en la Facultad de Medicina de Valencia, tras haber sido exiliada el año anterior la reina Isabel II, marcando con ello el comienzo del Sexenio Revolucionario¹⁹. También influyó en su entrega al darwinismo el valenciano Serrano Cañete (1832-1892)²⁰.

El ardor revolucionario del joven Simarro se puso a prueba cuando, siguiendo la sublevación de Cartagena, el 14 de julio de 1873 grupos de milicianos se apostaron en barricadas en torno al mercado central y alrededores de la estación del ferrocarril de Valencia. Simarro estuvo presente en el levantamiento cantonal⁵ y fue incluso nombrado tesorero por la Junta Revolucionaria¹⁰. El enfrentamiento con catedráticos conservadores en la Facultad de Medicina fue inevitable. El prestigioso cirujano Enrique Ferrer y Viñerta (1830-1891), afín a las añosas ideas del vitalismo y no obstante señalado renovador²⁰, se negó a aprobarle tras una áspera confrontación; obligó al joven estudiante a trasladar su matrícula a la Facultad de Medicina de Madrid al iniciarse el curso 1873-1874²¹.

La Escuela Libre de Higiene Privada y Pública del doctor Velasco

Tras derroscarse la Monarquía, un decreto del 21 de octubre de 1868 firmado por el ministro de Fomento Manuel Ruiz Zorrilla proclamaba que la “enseñanza será libre en todos sus grados y cualesquiera que sea su clase”. Permitió fundar escuelas de medicina capacitadas para otorgar títulos de licenciado, un sistema educativo basado en la libertad de enseñanza. Hubo escuelas modélicas que superaron con creces la rutinaria Universidad oficial, como la desarrollada por la Beneficencia Provincial



Figura 2. A la izquierda: Museo de Antropología del doctor Velasco en 1877. Fuente: *La Academia: Revista de Cultura Hispano-Portuguesa y Latino-Americana*. 1877;13-14:196. A la derecha: Pedro González Velasco. Fuente: Banco de Imágenes de la Biblioteca Nacional de España.

de Madrid. Contaba con renombrados especialistas, como José Eugenio de Olavide (1836-1901), en dermatología, José María Esquerdo Zaragoza (1842-1912), en enfermedades mentales, y Mariano Benavente González (1818-1885), en pediatría²². Hubo inevitables tensiones con el profesorado oficial del Colegio de Medicina y Cirugía de San Carlos²³, aunque los ataques más virulentos vinieron del joven Carlos María Cortezo (1850-1933) quien, bajo el pseudónimo Decio Carlán, denunció desde las páginas de *El Siglo Médico* innegables carencias y excesos, como la reducción arbitraria de la carrera de medicina a cinco años, en vez de los siete preceptivos²⁴.

El cirujano Pedro González de Velasco (1815-1882), meritorio fundador a sus expensas de un museo antropológico (hoy Museo Nacional de Antropología), había sido vetado para entrar en la universidad por sus ideas republicanas (figura 2). Instaurado el Sexenio Revolucionario, un claustro provisional en el Colegio de San Carlos y médicos reconocidos por sus ideas progresistas, como su entregado discípulo Florencio de Castro y Latorre (1848-1928), le propusieron como catedrático de cirugía. En noviembre de ese año, el

decano Pedro Mata y Fontanet (1811-1877) reconocía sus méritos nombrándole “Profesor de anatomía quirúrgica, operaciones, apósitos y vendajes”²⁵(p.120). Pudo hacer realidad su sincera vocación docente tras ser inaugurada su Escuela Libre de Higiene Privada y Pública. Fue una institución de vanguardia, con laboratorios de análisis biológicos y medicina experimental, instrumental quirúrgico moderno, un gabinete químico y un laboratorio de histología, además de la colección de piezas anatómicas de Velasco.

El Pabellón Médico^A enumeraba en 1875 sus 24 profesores. Sobresalieron entre estos Carlos María Cortezo y Prieto (1850-1933), quien andando el tiempo sería reputado director de Sanidad, y el ecijano Rafael Ariza Espejo (1826-1887), formado en Berlín con Rudolf Virchow y devoto seguidor de su teoría celular, ahora encargado del laboratorio histológico. La vida le llevó hacia la otorrinolaringología (publicó una treintena de trabajos en el *Anfiteatro Anatómico Español*, la revista fundada por Velasco). Sus obras fueron recogidas por su coteráneo Ramón Freire²⁶. El laboratorio histopatológico del museo

^A *El Pabellón Médico*. 1875;15:355-356.

de Velasco se convirtió en semillero de vocaciones histológicas y de futuros discípulos de Louis-Antoine Ranvier (1835-1922) (figura 3)²⁷. No solo fue el caso de Luis Simarro; también del cántabro Eugenio Gutiérrez González (1851-1914), quien más adelante combinaría ginecología e histopatología, y el madrileño Leopoldo López García (1854-1932), ayudante de Aureliano Maestre de San Juan (1828-1890) en el Hospital Clínico de San Carlos, quien a su vez despertaría la vocación histológica en Cajal y del Río Hortega².

Para Luis Simarro, por entonces un joven de 24 años desconectado de los ambientes intelectuales y científicos de Madrid, la Escuela Libre de Velasco representó toda una oportunidad. Conocer personalidades relevantes y ciencia positivista frente a especulación filosófica y metafísica²⁸, sobre la que Cajal ironizaba con “el ganglio religioso, surgido en el cerebro tras muchos años de fe ciega”^{29(p.192)}. Impartió de nuevo lecciones sobre higiene laboral, y empezó a preparar su disertación para doctorarse con el título “Ensayo de una exposición sistemática de las relaciones materiales entre el organismo y el medio como fundamento de una teoría general de la higiene”⁵. Pero sobre todo inició amistades duraderas, como Nicolás Salmerón, quien andando el tiempo sería uno de los presidentes de la efímera Primera República Española, y Federico Rubio y Galí (1827-1902).

La flamante Escuela Libre del doctor Velasco abocó pronto al fracaso: sólo se dio algún curso a un alumnado escaso, profesores sin remunerar y apenas pacientes sobre los que enseñar. Con la Restauración borbónica se llevó a cabo un nuevo ordenamiento de la Universidad, dando al traste con lo que de esperanza y aventura tuvieron las escuelas libres de enseñanza.

La ILE y sus orígenes conflictivos: krausismo y ortodoxia católica

Podría entenderse la ILE como la cristalización práctica de las ideas del pedagogo y filósofo Francisco Giner de los Ríos basadas —hasta cierto punto— en el movimiento krausista. En sus *Lecciones sumarias de psicología*³⁰ hacía un planteamiento puramente metafísico-especulativo del ideario krausista, entendiendo la psicología como “una ciencia del alma”³¹. Se ha resumido el ideario del krausismo como “idealista, espiritualista y panteísta, próximo a la especulación metafísica y preocupación por los problemas sociales”^{32,33}. Por otro lado, originado en Alemania, el krausismo proclamaba la libertad de



Figura 3. Louis-Antoine Ranvier (1835-1922). Fuente: Collège de France.

conciencia y la ciencia como base del progreso. El encuentro de Julián Sanz del Río (1814-1869), catedrático de historia de la filosofía de Madrid, con los discípulos del autor y filósofo Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832), en Heidelberg, y su célebre discurso en la apertura del curso académico de 1857-1858 —“auténtico programa intelectual del krausismo”— espoleó y difundió en España las ideas krausistas, principalmente entre profesores universitarios.

Las consecuencias que el krausismo pudo tener en la enseñanza chocaron con la oposición inmediata de la ortodoxia católica y su control ideológico de la enseñanza; fue apoyada en 1864 por la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus* anejo que condenaban como “errores modernos” el racionalismo y el liberalismo. Al año

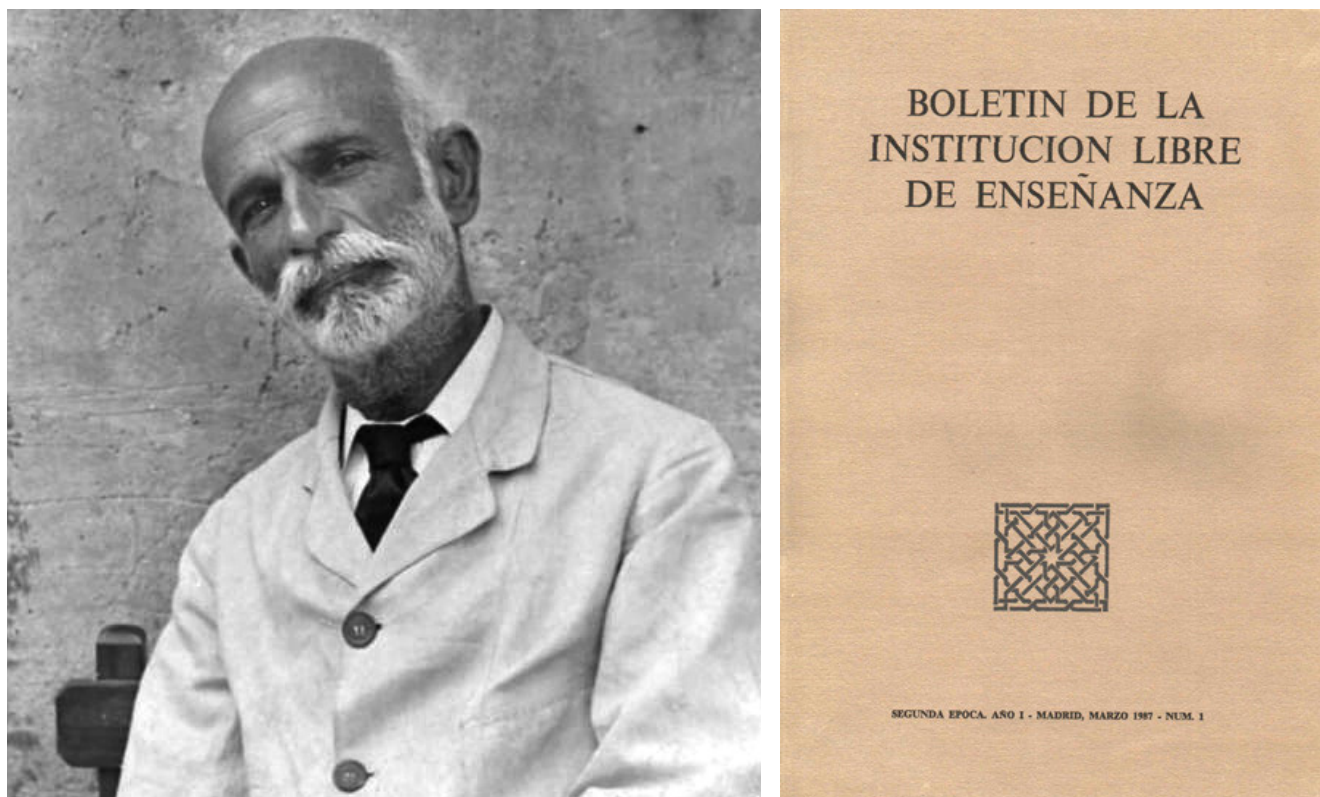


Figura 4. Francisco Giner de los Ríos. Fuente: Fundación Giner de los Ríos. Portada de un ejemplar del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*.

siguiente, el *Ideal de la humanidad* de Julián Sanz del Río (1814-1869) era incluido en el *Índice* romano de libros prohibidos. Con el general Ramón María Narváez (1799-1868), el Espadón de Loja, como presidente del Consejo de Ministros desde el 16 de septiembre de ese año, se llevó a cabo una depuración universitaria que llevó a la separación de sus cátedras a Julián Sanz del Río, al teólogo Fernando de Castro Pajares (1814-1874) y a Nicolás Salmerón, quien, como se ha mencionado, fue presidente de la Primera República Española, todos ellos enterrados en el cementerio civil de Madrid. Fueron repuestos tras la Revolución de 1868, manteniéndose durante el reinado de Amadeo I (1871) y la Primera República Española (1873). Pero con la Restauración borbónica en 1875, siendo ministro de Fomento Manuel Orovio y Echagüe (1817-1883), Giner de los Ríos fue desposeído una vez más de su cátedra de filosofía del derecho y derecho internacional y encarcelado en el castillo alicantino de Santa Bárbara¹⁹.

Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza

El proyecto pedagógico de Francisco Giner de los Ríos se había iniciado en 1876, concluyendo al término de la Guerra Civil en 1939. Su ideario fue tildado por el bando ganador de pedante y carente de ideales patrios y religiosos (figura 4). Durante más de medio siglo colaboraron con la ILE personalidades tan relevantes como Einstein, Darwin o Tolstói; también intelectuales españoles, como Ramón y Cajal, Galdós, Pardo Bazán, Azorín y muchos más. Instruir, pero también educar carácter y conducta, a través de educación física, deporte y actividades al aire libre³⁴, con excursiones para que los alumnos conocieran y amaran su país y su realidad, promoviendo a la vez sus capacidades artísticas. Tomar apuntes, lejos del estudio memorístico, y ordenar ideas y conceptos en redacciones realizadas por cada alumno. Y un profesorado científicamente formado; vocacional, abnegado y respetuoso con el niño, sin castigos ni

humillaciones. Una enseñanza que dejaba huella duradera. Tras la Guerra Civil, cada 28 de diciembre, los antiguos alumnos del Instituto-Escuela, derivado de la ILE, mediante reserva semiclandestina en Casa de Diego, en la Puerta del Sol, renovaban amistades escolares en una cena que invariablemente concluía cantando “Ya se van los pastores a la Extremadura”, más llanto que canción, discretamente vigilados por la policía del Régimen (comunicación personal del padre del autor de estas líneas).

Luis Simarro había conocido a Federico Rubio y Galí (1827-1902), cirujano, opositor de Narváez y diputado tras el derrocamiento de Isabel II, cuando ambos eran profesores de la Escuela Libre de Velasco. Le presentó dos años después, en 1876, a Giner de los Ríos, con el que trabó una amistad profunda. Cajal, no obstante, fue muy crítico sobre la influencia negativa que, a su parecer, tuvo la ILE en la obra de Simarro. En una carta a su buen amigo Cortezo decía: “La obra de Simarro no puede ser apreciada en toda su valía por haberse perdido en las redes de la Institución, uno de cuyos cánones sacrosantos consiste en estudiar y no escribir”^{35(p.444)}. En efecto, ha pesado en sus biógrafos considerarle un investigador casi ágrafo. Es verdad que tuvo muchos y diversos intereses (histología, clínica, política, masonería y una consulta privada que le obligaba a trabajar incluso los sábados; J.J. Campos Bueno, comunicación personal) que pudieron dispersar su atención, pero la obra consultada demuestra más bien lo contrario. En las colaboraciones con la ILE, mostró diversos y profundos conocimientos en conferencias tan dispares como la física del fuego^{36,37} y el espectro de absorción de los colores por el cristalino³⁸.

El 13 de marzo de 1878 pronunció una conferencia sobre el tema que quizás más le preocupaba: la función del sistema nervioso, “esa masa blanda y deleznable”, dice. Es un erudito al día, con referencias en francés, inglés y alemán; desde Hipócrates a Broca y desde Flourens hasta Fritsch y Hitzig. Acepta que la función cerebral ocasiona cambios en la temperatura (“congestión cerebral”, un tema entonces de moda), así como cambios químicos y eléctricos.

Pero deja Simarro como pregunta final su gran interrogante, el que probablemente le llevó a estudiar psiquiatría con Magnan y, finalmente, a la psicología experimental: “el libre albedrío, que nos revela el sentido íntimo”. Y la conciencia, ¿a qué función corresponde?, se pregunta. Cuando aborda la fisiología “elimina las

hipótesis relativas al alma”, pero contempla la teoría de Hartman según la cual “el cerebro sería un apéndice de la medula” en términos filogénicos, lo que seguramente asombraría al neurólogo John Hughlings Jackson (1835-1911), que “podría ser la piedra angular de la filosofía del inconsciente”^{39,40}. Pasa con su habitual erudición sobre la historia de la fisiología; admira los experimentos de Flourens, Bell y Magendie, pero no le convence el pensamiento utópico de Juan Huarte de San Juan (1529-1588) en su *Examen de ingenios*, para quien tan solo “el ingenio excepcional de Jesucristo le permitiría redimir el Mundo”. También a Claude Bernard y Brown-Séquard, si bien critica que sus experimentos se atienen a la “ley general de la causalidad, lo que convierte al animal en un perfecto autómatas”. Y plantea el problema —su problema— que ni la anatomía, el microscopio o el experimento animal le explican: “el libre albedrío, el problema más difícil, que no es la fisiología, sino la filosofía, el misterio del problema”.

El Hospital de la Princesa

Las razones últimas que llevaron a la creación del Hospital de la Princesa de Madrid no dejan de sorprender: conmemorar el feliz final del intento de regicidio de Isabel II por el cura Merino (no confundir con el guerrillero Jerónimo Merino), el irascible prestamista franciscano Martín Merino Gómez (1789-1852), cuando el corsé de la reina le salvó del puñal alevoso el 2 de febrero de 1852. Merino murió a garrote en el Campo de Guardias (el lugar lo ocupa hoy el depósito de aguas de Isabel II, entre las calles de Bravo Murillo y Santa Engracia). El suceso y su final de novela negra fueron muy populares en la época⁴¹. El hospital fue inaugurado el 23 de abril de 1857, ocupando sus ocho pabellones la esquina entre la glorieta de San Bernardo (hoy Ruiz Giménez) y el paseo del Arenal (hoy Alberto Aguilera) (figura 5).

El ingreso de Simarro como “primer médico supernumerario” en 1877 fue por oposición, el método de selección instaurado en 1873. Se encargó de las clases de física, anatomía, histología y fisiología. Esta primera estancia en el Hospital de la Princesa apenas duró tres meses al hacerse cargo de la dirección del Manicomio de Santa Isabel de Leganés. Retornó dos años más tarde, encargándose de las salas de Santa Isabel y Santa Lucía⁴². En este hospital reanudó su amistad con Federico Rubio y Galí, entregado al republicanismo federal de Pi i Margall. Rubio fue un cirujano de prestigio en Sevilla, donde había fundado una Escuela Libre de Medicina y Cirugía



Figura 5. Fachada principal del Hospital de la Princesa.

en 1868. Pero su mayor prestigio, si cabe, lo alcanzó en el Hospital de la Princesa de Madrid, donde en 1880 fundó el Instituto de Terapéutica Operatoria. Empeñado en formar profesionales con el nivel profesional y científico más alto posible, fue un decidido promotor de las especialidades quirúrgicas, entre ellas la urología⁴³.

Desgraciadamente, el edificio fue gravemente dañado durante la Guerra Civil y sus archivos destruidos, lo que nos impide saber la actividad de Simarro en esta segunda etapa tras verse forzado a abandonar su puesto de director del manicomio de Leganés. El hospital terminó de ser demolido en 1962 y el nuevo edificio, denominado ahora Gran Hospital de la Beneficencia General del Estado desde 1931, fue trasladado a la calle Diego de León⁴⁴.

El Manicomio de Santa Isabel de Leganés

La Casa de Dementes de Leganés, entonces un pueblo relativamente alejado de Madrid, nació como consecuencia de la Ley de Beneficencia de 1849. Levantado sobre el viejo palacio de la duquesa de

Medinaceli, recibió el 23 de abril de 1852 unos 50 pacientes trasladados de los lóbregos y atestados sótanos —la denominada sala de enajenados— del Hospital Provincial de Madrid. Eusebio Martínez de Velasco (1836-1893) relata las evidentes ventajas que ofrecía la nueva institución (figura 6)⁴⁵. Benito Pérez Galdós (1843-1930) cuenta en *La desheredada*⁴⁶ su ambiente hacia 1881, una recomendable novela para neurólogos y psiquiatras. El doctor Aurelio Mendiguchía Carriche, quien fuera director del centro y al que actualmente le dedica una avenida la localidad de Leganés, habla de sus carencias en los años de postguerra⁴⁷.

Luis Simarro tenía apenas 26 años cuando aceptó la plaza de director el 18 de octubre de 1877 mediante permuta con el anterior director, Eduardo Gómez Navarrés, en vez de las acostumbradas oposiciones. Resultaba novedoso que se hiciera cargo de la Institución no sólo alguien iniciado en psiquiatría⁴⁸, sino con el prestigio que le habían dado sus conferencias en el Ateneo y la ILE. En los dos años que duró su dirección ingresaron a su cargo 24 pacientes,

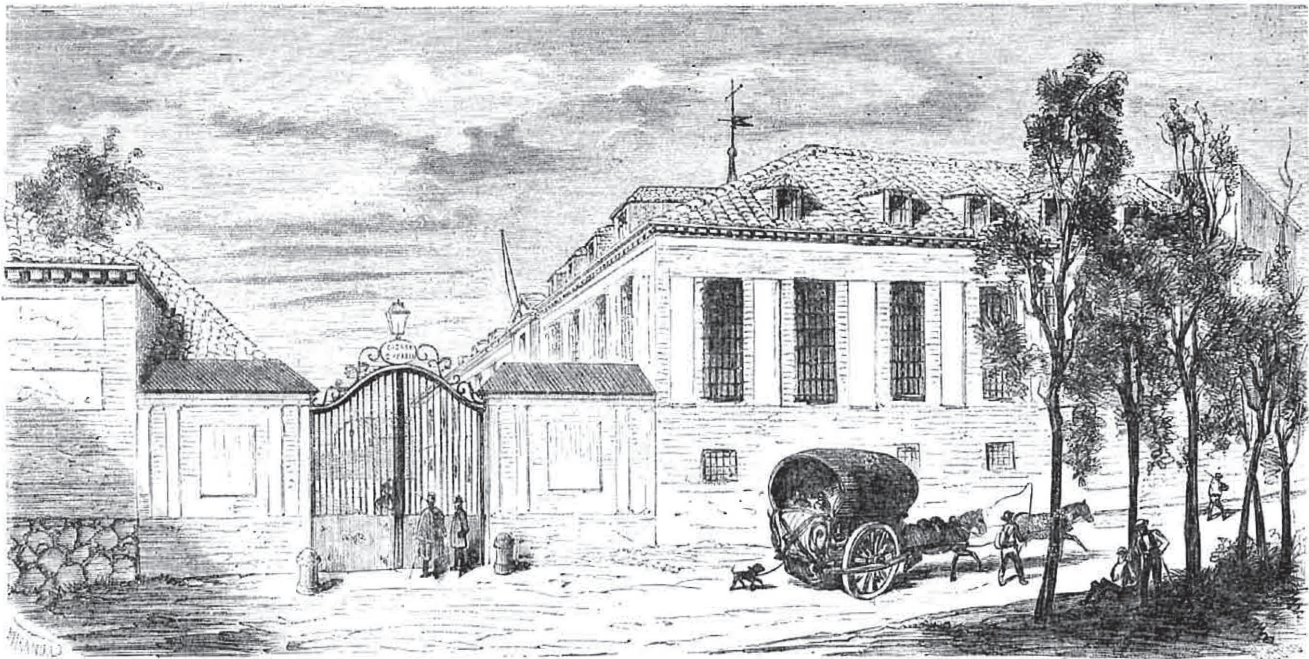


Figura 6. Casa de Dementes de Leganés, según un grabado de 1872. Fuente: *La Ilustración Española y Americana*; 8 de noviembre de 1872.

a los que etiquetó con 24 diagnósticos diferentes; influido por la psiquiatría francesa, aplicó a menudo el concepto etiopatogénico de degeneracionismo cerebral, entonces en boga^{49,50}. En todo caso, aprendió que lo que para el vulgo sería “locura” apenas nada tiene que ver con la realidad^{51,52}. El centro contaba con un departamento de autopsias emplazado en una esquina de la huerta, pero las cosas a veces se ponen difíciles. Enterados de una actividad considerada inaceptable, “las autoridades le obligaron a abandonar su puesto”. Es decir, le expulsaron, con lo que el joven y desilusionado neuropsiquiatra tuvo que abandonar un trabajo importante. Subrayemos que el Manicomio Nacional de Leganés ha representado en España un centro de referencia durante el siglo XX⁵³.

Simarro en París

A los 29 años, a finales de 1879, Simarro decidió viajar a París. No le importaba abandonar puestos relevantes en la medicina oficial que no satisfacían sus metas. Su objetivo era encontrar el substrato morfológico de los fenómenos mentales y el modo de cuantificarlos. Había estado en

el laboratorio de Aureliano Maestre de San Juan cuando más arreciaban las críticas —en Francia y en España— sobre la utilidad del microscopio (“anatomía celestial”). No le acaban de convencer las ideas al uso y le intriga el papel concreto de las células nerviosas en la inteligencia y la voluntad³⁸.

Permanecerá en París cinco atareados años corriendo de servicio en servicio: Mathias-Marie Duval (1844-1907), en la Facultad de Medicina de París, y Jacques Joseph Valentin (Magnan) (1835-1936) —con quienes compartía afinidades ideológicas— en el Asilo Sainte-Anne. También asistió a las teatrales sesiones de Charcot en la Salpêtrière y al laboratorio del histólogo Louis-Antoine Ranvier en el Collège de France, vecino del laboratorio de Claude Bernard. Será en París el reencuentro con Nicolás Salmerón, quien tanta influencia tuvo en su vida⁵⁴.

Los alienistas franceses

Las preguntas sin respuesta de Luis Simarro quizás se las pudieran resolver los alienistas franceses del momento,

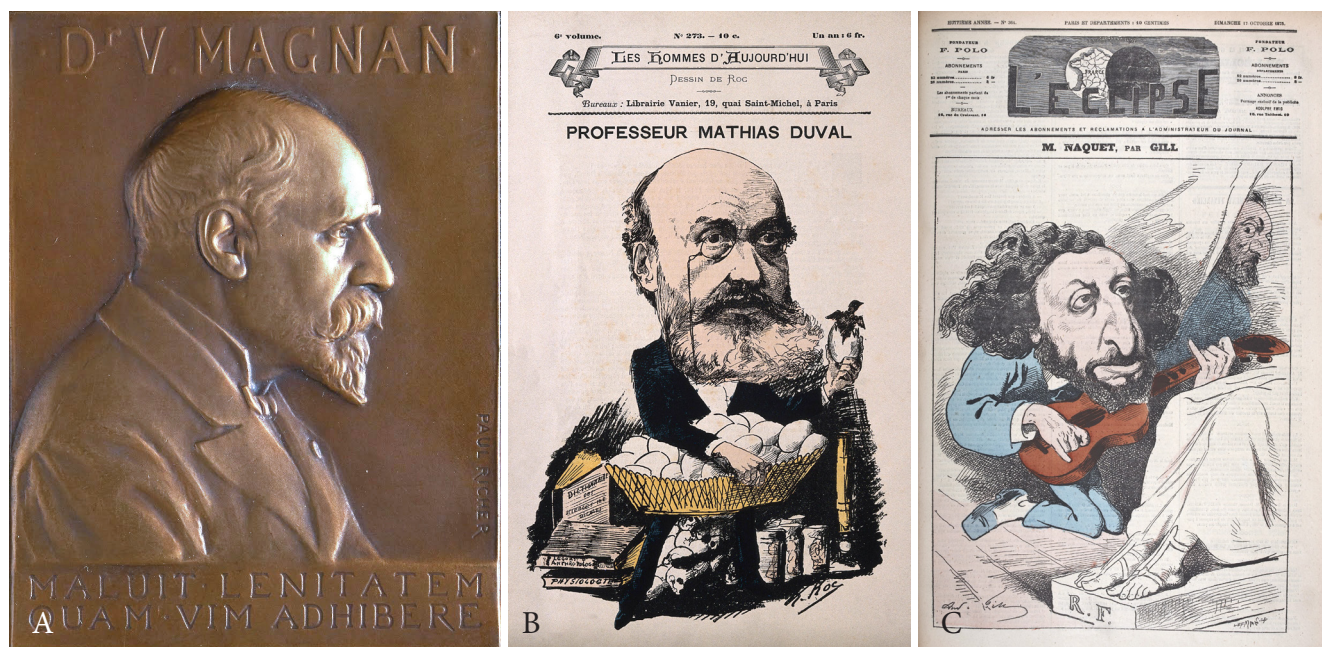


Figura 7. Magnan, Duval y Naquet, según imágenes de un memorial y rotativos de la época en Francia. Fuentes: Science Museum London (Magnan), Wellcome Collection (Duval). Bibliothèque nationale de France (Naquet).

quienes, tras las huellas de Pinel y Esquirol, proponían ideas novedosas sobre la causa de las enfermedades mentales. Bénédict Morel (1809-1873) había acuñado el concepto de “degeneracionismo”, una degradación progresiva del cerebro debida a una herencia defectuosa, cuando alguno de los progenitores presentaba antecedentes de alcoholismo, epilepsia o sífilis, incluso un ictus o episodios de histeria. El enfermo sería así reconocido por sus “antecedentes neuropáticos” y por exhibir determinados estigmas físicos, especialmente la configuración del cráneo y la expresión facial; eso sí, a condición de su hábil detección por alienistas capacitados. Con fundamentos darwinistas⁵⁵, el degeneracionismo conduciría sin remedio a la exclusión social, al deterioro físico y a la locura. Adoptaron la teoría del degeneracionismo anatomistas como Jules Bernard Luys (1828-1897), quien describiera el núcleo subtalámico como “masse accessoire du noyau rouge”^{56(p.43)} y autor de uno de los primeros tratados sobre las enfermedades mentales. Propuso como localización cerebral del “degeneracionismo” microhemorragias en

los ganglios basales y tálamo, probablemente un hallazgo en la autopsia sin relación alguna con este⁵⁰.

Magnan, desde lo que hoy sería un servicio de “urgencias psiquiátricas” en el Asilo Sainte-Anne, destacó por el estudio y denuncia de las calamidades causadas por la absenta o ajeno, un destilado alcohólico obtenido de la planta artemisa —65 a 89 grados de graduación—, popular entre artistas y escritores franceses en la segunda mitad del siglo XIX (figura 7A). La intoxicación por absenta causaba delirio agudo o crónico, aún más grave que el causado por el alcohol etílico, con el rasgo diferencial de las crisis convulsivas que acompañaban la intoxicación por absenta. Fue Magnan defensor de una ley que declarara ilegal su consumo, lo que finalmente ocurrió en 1915^{57,58}. Es difícil permanecer al margen de las modas, incluso científicas: la influencia que tuvo la teoría del degeneracionismo sobre Simarro se advierte en su artículo “Sobre el concepto de locura moral”, cuando propone como criterios diagnósticos la herencia y determinados estigmas físicos, como las características del cráneo⁵⁹.

Con Charcot en la Salpêtrière: republicanos y anticlericales

Se asume, a falta de documentación, que Simarro asistió en 1883 a las sesiones clínicas que Charcot daba cada viernes en una abarrotada aula de la Salpêtrière⁶⁰. En la pintura de Pierre-André Brouillet (1857-1914) *Una sesión clínica en la Salpêtrière*, en la que la célebre histérica Blanche Wittman cae blandamente en brazos de Babinski⁶¹, no todos los que presencian la teatral escena eran neurólogos. Al fondo de la pintura se distingue a Mathias-Marie Duval (1844-1907) y Alfred Naquet (1834-1916). Eran conocidos personalmente por Simarro, quien había asistido al curso que dio Duval en el museo Dupuytren sobre embriología del cerebro y evolución, conferencia notable sobre la que escribió en el *Boletín* de la ILE una primera parte^{21,62}. Ideológicamente, Duval y Naquet se encontraban en la extrema izquierda como anticlericales furibundos, republicanos combativos y defensores a ultranza del evolucionismo darwiniano (figura 7B y C). Les traería conflictos con la burguesía conservadora de la época. Naquet, por ejemplo, tuvo que huir apresuradamente a España tras su furibundo ataque a la religión, la familia y la propiedad privada.

Otros médicos de la Salpêtrière comulgaban con esta postura política, particularmente tras proclamarse la Tercera República Francesa en 1875. Tenemos la certeza de Desiré-Magloire Bourneville (1840-1909), conocido por su descripción de la esclerosis tuberosa. Librepensador y anticlerical, introdujo como político importantes cambios estructurales en los hospitales y en la enseñanza desde posiciones de extrema izquierda⁶³. La ideología del propio Charcot quizás no estuviera tan alejada como se ha supuesto, al menos en lo que respecta a los milagros en el Santuario de Nuestra Señora de Lourdes, especialmente en la Gruta de las Apariciones, donde la tradición asegura que la Virgen se apareció a Bernardette en 1858. Había publicado en *La Presse Médicale*, de la que Bourneville era director, un artículo de 37 páginas titulado “La foi qui guéri” (La fe que cura) sobre las curaciones milagrosas en el santuario de Lourdes. Atendiendo a sus posibles mecanismos se muestra prudente: “No lo niego, la terapéutica milagrosa cura”^{64(p.37)}.

La figura 8 desvela lo que pudieron ser las relaciones políticas de Charcot. Fue reproducida por J.M. Hecht en una copia muy defectuosa en su libro *The end of the soul* (2003), originalmente publicada en 1886 por



Figura 8. Reunión para una lectura en casa de Alphonse Daudet (1), el antisemita Edmond de Goncourt (2), León Gambetta, político francés que jugó un importante papel en la instauración de la Tercera República Francesa (3), perfil de J.M. Charcot (4) y Augustine, la esposa de Charcot nacida Durvis, jugando con su abanico (5). Imagen tomada de: Drumont E. La France Juive. París: C. Marpon et E. Flammarion; 1886. La identificación de los personajes, según la figura 14 en: J.M. Hecht. *The end of the soul*. Nueva York: Columbia University Press; 2003.

Édouard Drumont (1844-1917), furibundo antisemita y antimasónico, que quiso denunciar con la imagen supuestos enemigos⁶⁵. La escena transcurre en un coqueto salón en casa de Alphonse Daudet (1840-1897), viejo amigo de Charcot. Iluminado por dos velas, el escritor y dramaturgo lee su obra *Los reyes en el exilio*, publicada en 1879⁶⁶. Escasamente revolucionaria, habla de un rey imaginado refugiado en París tras su destronamiento. Restaurado este, lamenta la pérdida de los placeres disfrutados en la capital francesa. El escritor realista Émile Zola (1840-1902), había descrito en su novela *Lourdes* el misticismo extremo del ambiente y la crisis de fe del abate Pierre Froment⁶⁷. Zola se inspiró con toda probabilidad en pacientes con esclerosis



Figura 9. Ateneo de Madrid. Foto del autor.

lateral amiotrófica vistos en la Pitié-Salpêtrière en su novela *Thérèse Raquin*⁶⁸, una obra que todo neurólogo debiera leer. León Gambetta (1838-1882), al fondo de la ilustración, parece desentendido de la lectura. El perfil del profesor de neurología asoma apenas por la izquierda del grabado mientras Augustine Durvis, su esposa, juguetea distraída con un abanico.

El Ateneo de Madrid y los ateneístas

El bicentenario del Ateneo Científico, Artístico y Literario de Madrid, hoy día en la calle del Prado, con su mentalidad liberal y abierta al debate, ha representado durante los siglos XIX y XX un núcleo intelectual clave en la capital del país (figura 9). Constituido en 1835 tras la larga noche de Fernando VII, en sus aulas se gestó la trama ideológica del liberalismo español del siglo XIX⁶⁹. Concitó un profesorado de altísimo nivel entre las

mentes más lúcidas de la época. La creación de la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo por el presidente ateneísta Segismundo Moret y Prendergast (1833-1913), en octubre de 1896, contaba con 24 cátedras subvencionadas y abiertas a estudios especializados de postgrado. No solo para las élites: su “reformismo desde abajo” estuvo abierto a la opinión pública y las conferencias impartidas divulgadas a precios populares. La “gran Universidad libre de España”, como se le llamó, ejerció notable influencia sobre el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes con vistas a la ansiada Reforma pedagógica. “Santuario de la ciencia, puerto seguro de la libertad [...] el único refugio seguro del pensamiento”, escribía el periodista y crítico Manuel de la Revilla y Moreno (1846-1881), editor de la *Revista Contemporánea* entre 1875 y 1907⁷⁰. Ateneístas famosos fueron Larra, Echegaray, Cánovas, Unamuno o Azaña, entre una lista interminable. Su biblioteca (unos 350 000 volúmenes) guarda gran parte de nuestra historia en los dos últimos siglos (<https://www.ateneodemadrid.com>).

Simarro ingresó en el Ateneo en 1876 como socio nº 3644, pero ya en el año anterior había sido nombrado secretario 4º en la Sección de Ciencias Políticas. Pronto se hizo notar su altísimo nivel intelectual, ofreciéndole puestos directivos, conferencias y clases como profesor. Participó en el ciclo de conferencias “La España del siglo XIX”^{71,72}, al que se apuntaron 72 alumnos (curso de 1897-1898), compartiendo sus clases con José Echegaray, Alejandro San Martín, Gumersindo de Azcárate y el propio Ramón y Cajal. Entre 1898 y 1900 ocupó el cargo de presidente en la Sección de Ciencias Naturales, Físicas y Matemáticas. Algunas de sus conferencias no han llegado a nosotros, como “La historia del termómetro”^{69(p.112)} (Archivo del Ateneo, consultado el 6 de agosto del 2021).

Llevó a cabo una excelente biografía del mahonés Matéu Orfila (1787-1853), cuyo extraordinario talento —especialmente en peritajes por sospechas de envenenamiento—, sus éxitos como músico y cantante en los salones elegantes de París, y la gran difusión de sus libros (*Traité des poisons* y *Eléments de chimie médicale*) le llevaron a ser reconocido en Francia. Influyó sobre Pere Mata i Fontanet (1811-1877) en la implantación en España de la medicina legal con su influyente *Tratado de medicina y cirugía legal teórica y práctica seguido de un compendio de toxicología* (1874-1875) en cuatro volúmenes y cinco ediciones. Romántico personaje, de amplia y variopinta obra, político de altos vuelos e inveterado luchador por la libertad que le llevó al

destierro y a la persecución. Revelando la vena patriótica y regeneracionista con los ejemplos de Orfila y Mata, Simarro concluye: “De manera que cada uno de nosotros, labrando sin descanso en la propia cultura, pueda elevar el medio científico de España”^{71,72}. Llamativamente, su intachable estudio biográfico sobre Orfila ha pasado desapercibido en revisiones recientes^{73,74}.

A Simarro le duele España. Discrepa del dicho “España nada tiene que envidiar de otras naciones en materia científica. Bien mirado —prosigue— mayor servicio se presta á la patria señalando los defectos de su carácter y las decadencias de su movimiento científico, que esforzándose en fingir glorias y cantar alabanzas que los hechos no justifican en modo alguno”.

Acepta Simarro que el movimiento científico hasta el siglo XV fue notable, pero “con motivo de la reforma religiosa y coincidiendo con ella, se produjo en nuestra patria un movimiento retrógrado”. Admira al segoviano Andrés Laguna, “el Hipócrates hispano” y su traducción del *Dioscórides*. Menciona las cartas que Vives envió a Erasmo, después del proceso que le montaron en Valladolid sobre el que Vives hizo cuanto pudo por defenderle: “Pasamos tiempos muy difíciles en que ni hablar ni callar podemos sin peligro”. Desde las barricadas en su juventud hasta la protesta por el juicio y muerte de Ferrer⁷⁵, Simarro fue siempre un comprometido defensor de la libertad. Como promotor de la Sociedad de Naciones contra la pena de muerte, fundador de la Liga Española para la Defensa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano en 1913, y su entrada en el Grande Oriente Español de la Masonería^B.

Simarro y la neurología

El gran objetivo en la vida de Luis Simarro fue el estudio del sistema nervioso. Bajo múltiples ópticas, cuando la diferencia entre neurología y psiquiatría estaba aún por establecer. Conocía a fondo su anatomía y fisiología (figura 10) y su laboratorio en la cátedra de psicología experimental estaba dotado con aparatos como el tambor de Marey para registros gráficos⁷⁶. Sorprende la finura y el nivel de sus exámenes neurológicos, como en el comprometido proceso judicial del marqués Martín Larios⁷⁷ y su conocimiento de las localizaciones

topográficas⁵, que le permitió localizar un tumor cerebral, luego operado por Alejandro San Martín^{78,79}.

Hughlings Jackson (1835-1911), el padre de la neurología británica⁸⁰, explicaba los fenómenos clínicos apoyado en las teorías darwinistas aplicadas al hombre por el filósofo Herbert Spencer (1820-1903): “la vida superior se ha desarrollado evolutivamente sobre formas de vida inferior”. Era uno de los autores preferidos de Simarro⁵². Según Jackson, entre neurólogo y filósofo, las funciones cognitivas, “la mente consciente”, estarían relacionadas con “las regiones prefrontales” y ocuparían evolutivamente el nivel jerárquico superior; supeditadas bajo su control, los estratos inferiores, —la corteza rolándica y el nivel pontobulbar y espinal—, quedarían liberados o desinhibidos de ser dañado el primer nivel, ocasionando así las manifestaciones clínicas⁸¹⁻⁸³.

Simarro sigue con frecuencia el concepto jacksoniano de la neurología evolucionista⁸⁴. Tal ocurre con el término regresión —vuelta atrás en el proceso evolutivo—, que aplica reiteradamente en *Vademécum* (1898), monografía publicada con artículos de Gayarre, Madinaveitia, Sandoval, Azúa y Cisneros. Sucede también en ancianos con “incapacidad de aprender, pobreza de ideas y puerilidad”, que diagnostica como demencia senil: “la regresión sin enfermedad que se produce en la edad avanzada”. Y, con ello, el retorno de comportamientos infantiles, supuestamente la evolución natural, no patológica, del ser humano. Ocurre igualmente en alteraciones graves de la consciencia, como en algunos comas, donde “la regresión se hace en forma inversa a su desarrollo, es decir [tras ser dañadas] las estructuras más delicadas y deleznales”.

Aplica el concepto de degeneracionismo cerebral al problema de la “locura moral”⁸⁰, donde los alienistas han de determinar en procesos judiciales si un criminal es culpable o si el delito fue cometido por proceder de una familia vulnerable genéticamente en la ardua lucha por la vida. Había aplicado también criterios degeneracionistas como perito forense (estigmas como herencia, forma del cráneo o fisonomía) en el célebre caso del cura Galeote⁵⁰. Igual ocurre con el artículo de divulgación *El exceso del trabajo mental en la enseñanza*, cuya consecuencia sería la degeneración cerebral. Según enseña la historia, el “esfuerzo considerable de la supervivencia de los más aptos, lleva a la extinción de familias aristocráticas, y en dos o tres generaciones, a la destrucción de toda capacidad de pensar”⁸⁵.

^BUn artículo revulsivo en la recuperación de la memoria de Simarro fue publicado por J. Javier Campos Bueno, *Memoria del doctor Simarro* (*El País*, 4 de abril de 1984).

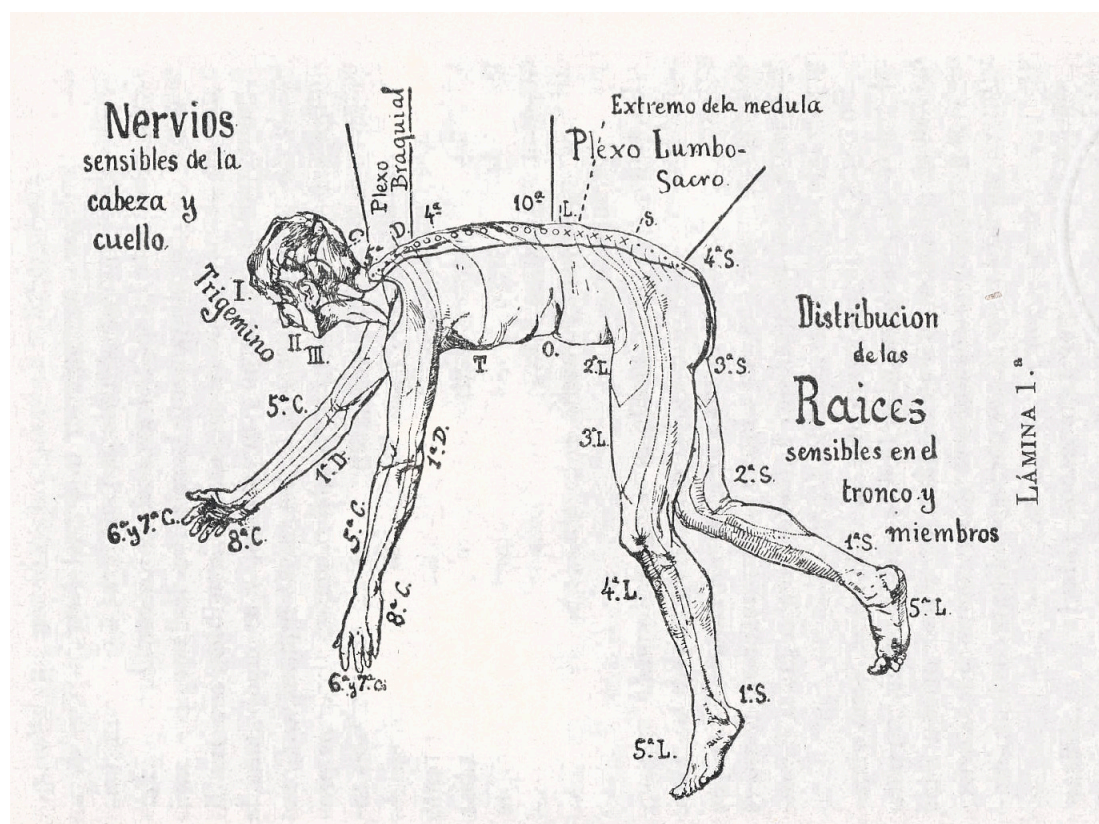


Figura 10. Dibujo de Simarro mostrando la distribución territorial de las raíces nerviosas. Fuente: Vademécum clínico-terapéutico. Madrid: Romo y Fussel; 1898. p. 465-575.

Catedrático de psicología experimental: Simarro, enfermo

Giner de los Ríos movió influencias para que se creara una cátedra de psicología experimental como asignatura del Doctorado, a impartir en la Sección de Ciencias Naturales de la Facultad de Ciencias. La plaza se cubriría mediante oposición con 70 temas, para lo cual se designó un tribunal bajo la presidencia de Nicolás Salmerón, viejo amigo de Simarro. Fue Simarro el único que se presentó, haciendo en la prueba exhibición de su enorme cultura; 14 de mayo de 1902 recibía de manos del Conde de Romanones (1863-1950) el correspondiente nombramiento de catedrático numerario. Recientemente se había publicado que poseer el doctorado puntuaba

para obtener un puesto de médico de balnearios^c por lo que numerosos licenciados en medicina se apresuraron a apuntarse a sus clases.

Lo que nadie pudo prever fue el sonado fracaso de estas coincidiendo con una acerva época de su vida. Al punto que una delegación de indignados estudiantes se entrevistó con Juan de la Cierva (1864-1938), ministro de Educación de reconocido sentido del deber, para quejarse de que “nadie entendía sus clases”, solicitando —nada menos— que se les cambiara de profesor para el resto del curso^{16(p.121-122)}}. La situación se llevó al Consejo de Ministros, que dio carpetazo al asunto como mera “revuelta política”. El escándalo estudiantil dejó herida la dignidad del catedrático.

Antes tan lúcido y didáctico en sus conferencias y escritos, el neuropsiquiatra había cambiado. Un ejemplo de ello es su artículo *Iteración*^d, escrito en 1900, que usó

^c Archivo Central del Ministerio de Educación (sign. 5432-37).

^d Del latín *iteratio*, repetir (diccionario de la RAE). Simarro le da el significado de *iter*, camino.

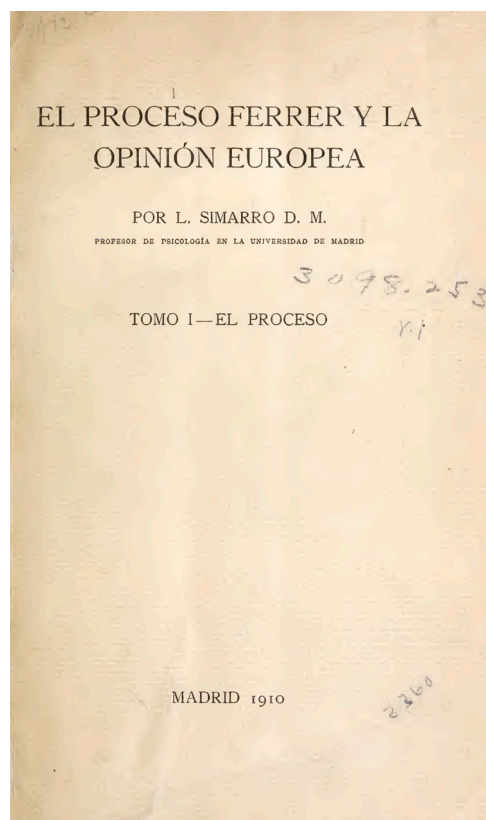


Figura 11. Francisco Ferrer Guardia (1859-1909) y portada del único volumen publicado por Simarro (más de 600 páginas) titulado *El proceso Ferrer y la opinión europea*, en 1910.

como memoria para acceder a la cátedra de psicología experimental⁸⁶, un modelo de escritura farragosa, en el límite de lo inteligible. No obstante, su hipótesis es correcta: la repetición de secuencias motoras abriría nuevas vías que configurarían la base estructural del aprendizaje a través de la repetición⁸⁷. Entrevió lo que el genial C. David Marsden (1938-1998) resumiría como función de los ganglios basales: “la ejecución automática de planes motores aprendidos y organizados en el área motora suplementaria”⁸⁸, el aprendizaje de secuencias motoras como fundamento teórico de la rehabilitación^{89,90} y de tantas otras actividades del ser humano.

La enfermedad y muerte de su esposa Mercedes Roca Cabezas en 1903, con quien llevaba casado desde 1887, le había sumido en una profunda depresión, tan evidente que el ministro de la Cierva le sugirió que se declarara enfermo (de hecho, se le diagnosticó como “nefritis”).

Compartió amarguras con Juan Ramón Jiménez, poeta, paciente y amigo, con quien vivía en la calle Conde de Aranda desde que enviudó. Se le hacía duro en su estado proseguir con las obligaciones de cátedra. Así, desde el hotel Palais d’Orsay de París, escribe a su amigo Cipriano Rodrigo Lavín con fecha 23 de septiembre de 1915 para que se haga cargo de los exámenes de psicología, sugiriendo que podría estar ausente incluso al comienzo del curso⁵.

Masonería y política: el caso Ferrer Guardia

Cuando Francisco Ferrer Guardia (1859-1909), pedagogo anarquista, fue ejecutado en el foso de Santa Eulàlia, en el castillo de Montjuïc de Barcelona, tras un juicio miliar sumarísimo, Simarro ostentaba el grado 33 en la Federación del Grande Oriente Español, Logia Ibérica nº 7 de Madrid⁹¹. Es decir, un puesto elevado en

la institución. Ferrer había creado la Escuela Moderna en Barcelona, un movimiento innovador basado en una enseñanza racionalista y científica; sin separación por sexos y alejada de la ortodoxia católica (figura 11). A diferencia de Mateo Morral, otro anarquista que trabajaba como bibliotecario en la Escuela Moderna, Ferrer se había declarado pacifista. Es de recordar que Mateo Morral había arrojado una bomba el 31 de mayo de 1906 al paso de los reyes Alfonso XIII y la princesa María Eugenia de Battenberg con motivo de su boda. Fue desde el cuarto piso de una pensión en el nº 88 de la calle Mayor, al lado del *Istituto Italiano di Cultura* (una paciente que veía la comitiva desde una ventana baja recordaba al autor de este escrito el vestido rosa de su pequeña hermana manchado de sangre, una de las 25 víctimas mortales). Tras huir, Mateo Morral fue mortalmente tiroteado por un guarda en las afueras de Madrid⁹².

Ferrer Guardia, por su parte, fue acusado de instigar los graves disturbios ocurridos entre el 26 de julio y el 2 de agosto de 1909 en Barcelona durante la llamada Semana Trágica. El ambiente social en la ciudad era de máxima tensión, con frecuentes atentados anarquistas contra patronos y bienes de una burguesía enriquecida y una Iglesia católica indiferente. El desencadenante fue el envío de soldados reservistas para combatir en las montañas del Rif, cuyas familias carecían de medios para librarles mediante un pago al Estado. A las dos primeras iglesias incendiadas en Poble Nou le siguieron macabras profanaciones en conventos e incendios generalizados (*La Vanguardia*, 18 de noviembre de 2014).

Concernido por lo injusto de la sentencia, Simarro pergeñó en su defensa un extenso libro de 655 páginas —el único que publicó en su vida— del que sólo apareció el primer volumen, *El proceso de Ferrer y la opinión europea*⁹³, en cierta manera, semejante al que el escritor Émile Zola publicó como carta abierta al presidente de Francia, publicado en el diario *L'Aurore* en 1898 —mucho más breve—, en favor del capitán judío Alfred Dreyfus acusado de alta traición. Zola fue condenado al exilio, muriendo en circunstancias misteriosas, aparentemente por emanaciones de gas. “Esta pobre y amada España mía no comulga con la moral y civilización europeas”, se lamentaba Simarro en su libro.

Simarro se afilió a la Logia Ibérica nº 7 (Federación del Grande Oriente Español) el 17 de octubre de 1912 con el nombre simbólico Franklin, alcanzando el grado 33.

Le persiguió hasta su muerte. Como comentábamos en la introducción, Francisco Franco, desde el diario falangista *Arriba* y bajo el curioso seudónimo de Jakim Boor, publicó entre 1946 y 1951 una serie de artículos contra el comunismo y la masonería, bestias negras de su régimen dictatorial: “cáncer que corroee nuestras instituciones y odiar a la Iglesia y la España Tradicional”. “Como colofón de una campaña internacional en protesta por el fusilamiento de Francisco Ferrer Guardia [...], una Comisión española presidida por el Dr. Simarro asistió a la manifestación del 21 de agosto”. “Aquel masón con audacia incomprensible se permitió un día ofrecer a nuestro monarca Alfonso XIII el apoyo internacional de la masonería si aceptaba su filiación en las logias” (J. Boor, *Arriba*, 4 de julio de 1950).

En Bruselas, ciudad en la que Ferrer había vivido entre 1906 y 1909, se levantó un monumento en memoria de Ferrer Guardia situado frente a la antigua Facultad de Educación desde 1909. En 1931 la República Española había solicitado una copia, pero no se hizo efectiva hasta 1990. La réplica se encuentra actualmente en la avenida del Estadio de Montjuïc (*El País*, Barcelona, 9 de noviembre de 2021).

La tumba de Simarro, de difícil localización, se encuentra en el cementerio civil de Madrid (figura 12), tras los monumentales mausoleos de los presidentes de la Primera República Española, frente a las tumbas de los krausistas al otro lado del paseo. Desde la condena de la masonería en 1738 por el Papa Clemente XII, sus relaciones con la Iglesia católica han sido de recelo e incomprensión, cuando no de enfrentamiento. Para algunos, como el Vicario General de la Diócesis de Menorca, ambas son incompatibles (diario *Menorca*, 25 de julio de 2021). Hoy día, un movimiento revisionista del pasado y presente aborda “con desapasionamiento, la realidad objetiva”⁹⁴.

Grandes amigos

Entre el círculo de amigos personales de Simarro, además del pintor valenciano Joaquín Sorolla Bastida, se encuentran otros pintores, como el alcoyano Emilio Sala (1850-1910) y el paisajista Aureliano de Beruete (1845-1912). También escritores, como Juan Ramón Jiménez (1881-1958), fallecido exiliado en Puerto Rico, o el periodista ovetense Ramón Pérez de Ayala (1880-1962)⁹⁵.

Pero los más cercanos fueron el médico internista Juan Madinaveitia y el pintor Joaquín Sorolla, un trío de amigos que viajaba a menudo a San Sebastián. Otros personajes coetáneos le tuvieron gran aprecio, como Santiago Ramón y Cajal, quien se lamentaba en una carta dirigida a Cortezo en 1921, el año de la muerte de Luis Simarro: “Murió sin haber leído mis *Recuerdos* y sin saber lo mucho que yo le veneraba y quería”⁹⁵.

1. Juan Madinaveitia y Ortiz de Zarate (1861-1938)

Vecinos en la calle General Oráa, no sólo compartieron laboratorio (al que Madinaveitia aportaba cerebros de su servicio del Hospital Provincial), sino también excursiones por la sierra madrileña de Guadarrama. Una página web del tudelano don Carlos de Iracheta Madinaveitia (<http://www.carlosdeiracheta.com>) le recuerda paseando desnudo por los montes de El Pardo —la manía higienista seguida con fiel entusiasmo por los krausistas—; su casa en El Ventorrillo, en el pueblo de Cercedilla, y desde 1903 sede del Club Alpino Español, fue demolida sin contemplaciones por considerarla obsoleta. “Desde su Oñate natal, en Guipúzcoa, donde ejerció como médico, pudo finalmente ganar las oposiciones como jefe de sala en el Hospital Provincial”⁹⁶. Los gastroenterólogos le consideran fundador de su especialidad en España. Experto en recoger una excelente anamnesis en la historia clínica y con ellos bordar un diagnóstico; seguidor fiel del método anatomoclínico, este podría ser confirmado o rechazado tras el examen postmortem⁹⁷. El autor de estas líneas recuerda, cuando estudiante, una placa en un aula del Hospital Provincial de Madrid que decía: “Aquí explicó patología del aparato digestivo don Juan Madinaveitia”; nadie sabe dónde terminaría la histórica plancha. Su amigo Sorolla le hizo un retrato al óleo y en el museo Sorolla de Madrid se guarda un epistolario entre ambos. De credo anarquista y defensor de la Revolución bolchevique, en 1938 Madinaveitia pasó a Francia desde Barcelona, donde falleció el 2 de noviembre. Su muerte pasó casi inadvertida (*El Socialista*, 27 de julio de 1938).

2. Joaquín Sorolla y Bastida (1863-1923)

Las afinidades entre Simarro y Sorolla iban más allá de su infancia y juventud en tierras valencianas. Los hijos de Sorolla estudiaron en la ILE y en ambos tuvo influencia Giner de los Ríos. El escritor republicano Vicente Blasco Ibañez (1867-1928) influyó en su pintura social de la primera época. Probablemente, ya ambos en



Figura 12. Tumba de Luis Simarro en el Cementerio Civil de Madrid, no lejos de los krausistas españoles. El texto del epitafio reza así: “A la memoria del Dr. Luis Simarro Lacabra, médico y catedrático de la Universidad Central de esta capital, fallecido a la edad de 69 años, el 19 de junio de 1921”. En una reciente visita del autor, una gruesa capa de musgo lo hacía casi ilegible.

Madrid, Simarro se convirtiera en el médico de la familia Sorolla (se sabe que trató de tuberculosis a una de sus hijas)⁹⁸. Le pintó al menos en tres ocasiones (dos de estos cuadros, custodiados en la Universidad Complutense como parte del Legado Simarro). Quizás la más célebre del Museo Sorolla es la pintura en la que Luis Simarro aparece rodeado de discípulos, realizada en 1897, para lo que el artista se trasladó con sus bártulos a la casa del investigador (figura 13). En medio de la noche, alumbrados por un mechero Auer, manipula un embrión con el micrótopo Leitz; brilla en primer plano el rojo cereza del bicromato potásico, en cuya solución serán luego impregnados los fragmentos de tejido nervioso para que adquieran consistencia antes de sumergirlos en una solución de nitrato de plata según la técnica



Figura 13. Pintura de Sorolla titulada *Una investigación* (1897). Museo Sorolla (inventario no. 00417). Reproducida con permiso.

de Golgi⁹⁹. Javier Campos Bueno, buen conocedor de la vida y obra de Simarro, tiene identificados a los expectantes personajes que se inclinan sobre el maestro: Eduardo García del Real, Sama, Botella, Cejudo, y García del Mazo¹⁰⁰. No todos: faltaba confirmar el personaje con barba que tímidamente se esboza a la derecha en penumbra. Una llamada telefónica desde Pamplona de Doña Ana de la Quadra Salcedo aclaró al autor de este artículo que se trataba de su abuelo Miguel —“el de la barbita, en semioscuridad”, puntualizaba—.

Se desplomó Sorolla mientras pintaba en el precioso jardín de su casa, en la avenida del General Martínez Campos (hoy en el nº 37) un 17 de junio de 1920. Sobrevivió tres años bajo la entregada dedicación de Clotilde, su esposa. Un hispanista y filántropo norteamericano había conseguido que Sorolla firmara un

proyecto insensato, a cumplir en unos cinco años, sobre escenas populares en todo el país; seguramente propició su precoz muerte. Le obligó a viajar incesantemente, a menudo bajo pésimas condiciones. Pintando al aire libre, como era su costumbre; en la Ermita del Mirón, en Soria, bajo un frío gélido o en San Sebastián bajo intensa humedad. “Amanece lloviendo y yo con mis dolores de cabeza”: le atenazaban tras llevar horas de duro trabajo. “Yo fumo y fumo, mientras pienso en mi cuadro; tendré que dejarlo”. Se ha especulado sobre diversos tóxicos en disolventes y pinturas como origen de sus dolencias. Bajo el estrés de cumplir su desmesurado contrato y factores de riesgo vascular, como sedentarismo y tabaquismo, no es aventurado pensar en cefalea tensional crónica y un ictus final, cuando aún se ignoraba el manejo médico de su probable hipertensión arterial.

Aquel 10 de agosto de 1923, la familia se había refugiado del calor mesetario en Cercedilla, en la sierra madrileña. Fallecido Simarro, fue don Juan Madinaveitia, otro amigo para siempre, quien le atendió en sus últimos momentos. Está enterrado en el cementerio general de Valencia.

3. Miguel Gayarre y Espinal (1866-1936)

Formado en Alemania con el neurólogo Hermann Oppenheim¹⁰¹, como confirmó en su blog sobre Madinaveitia Carlos De Iracheta (comunicación personal, 14 de enero de 1917). Quizás sintiéndose enfermo, Gayarre huyó a su tierra navarra en 1936. Su casa fue asaltada y tras guardarse algunos enseres en la embajada de Italia, sus libros terminaron en el Rastro madrileño, algunos de los cuales fue hallado por el que escribe estas líneas. Falleció poco después en Hendaya, Francia, un dato a menudo ignorado, sin que sepamos cuáles pudieron ser los últimos avatares de su vida¹⁰².

4. Juan Ramón Jiménez Mantecón (1881-1958)

La relación entre el poeta y premio Nobel Juan Ramón Jiménez Mantecón y Luis Simarro fue mucho más allá de la propia entre médico y paciente. Este personaje “introvertido, supersensible, aterrado por la posibilidad de morir de repente”, ingresó por consejo de Simarro el 8 de mayo de 1901 en la Maison de Santé du Castel D’Andorte, cuyo director, el Dr. Lalanne, era amigo del español. De vuelta en Madrid, Juan Ramón Jiménez decidió internarse de modo permanente en el sanatorio de Nuestra Señora del Rosario, un elegante centro privado rodeado por hermosos jardines, inaugurado por la Reina D^a María Cristina hace más de 130 años (<http://www.hospitalrosario.es>). Simarro le siguió atendiendo y, tras fallecer Mercedes Roca Cabezas, la primera esposa del médico, se fue a vivir a casa de este junto con Nicolás Achúcarro. Revelador del carácter histriónico del poeta, en cierta ocasión, pistola en mano, amenazó con suicidarse delante de Simarro; la respuesta de este fue invitarle a que se arrojara por el balcón si esa era su intención, un modo más expeditivo. A lo largo de su vida, el poeta sufrió reiterados episodios depresivos, algunos con trastornos neurológicos funcionales, como describe en 1905 en una carta a su amigo Gregorio Martínez (“ataques convulsivos”, “parálisis”, “ceguera momentánea”)^{103,104}. La mayoría de sus largos años como exiliado político los pasó ingresado en instituciones médicas de Puerto Rico y Estados Unidos bajo diferentes etiquetas diagnósticas (“depresión nerviosa”,

“trastorno depresivo con melancolía”, “crisis de pánico”, etc.). Sin duda, fue el amigo más peculiar que tuvo el neuropsiquiatra.

Conclusiones

Hasta la fecha, la mayoría de los datos que teníamos sobre Simarro se deben, con escasas excepciones como las aportaciones de I. Corral y C. Corral (2000), a los psicólogos españoles, sin duda motivados por el comprensible orgullo de la creación de la primera cátedra de psicología en nuestro país. La presente monografía amplía el ángulo con el que hemos contemplado su vida: las instituciones en las que dejó huella, la fructífera relación entre dos sabios —Cajal y Simarro—, su obra neurohistológica, la influencia que tuvo Hughlings Jackson en su modo de entender el examen neurológico y su genial intuición del aprendizaje en la creación de programas motores a través de la repetición (“iteración”, el término que empleó). Como neurobiólogo quiso comprender el alma, la fatiga mental, la consciencia y la volición en los pacientes del manicomio de Leganés. Cuestiones complejas que el degeneracionismo cerebral de Magnan, su guía parisino en psiquiatría, aún no permitía comprender.

En el último tramo de su vida, el rebelde con causa de su juventud se había transformado en un neuropsiquiatra “de consulta áurea”, como diría Lafora. Y ello sin cejar de investigar, incluso en su propio domicilio, rodeado de expectantes discípulos, como supo captar la célebre pintura de su amigo Sorolla (figura 13). Precisamente, sería Gonzalo R. Lafora quien vertía a su muerte estas sentidas palabras para quien fuera su maestro: “El mejor neurólogo y psiquiatra español de la segunda mitad del siglo XIX [...], en su laboratorio tenía grandes colecciones de preparaciones microscópicas y embriología del sistema nervioso. Reunió a su alrededor un grupo de investigadores entusiastas, atraídos por sus enseñanzas y sus cualidades de maestro. Aquel gran hombre, sabio, bondadoso, sencillo, y excelente consejero de nuestros trabajos”.

Con esta Monografía, nosotros le damos el debido homenaje en el centenario de su muerte.

Agradecimientos

A D^a Pilar Fernández, Archivo del Ateneo de Madrid, por su asistencia en recabar la relación de Luis Simarro con esta Institución centenaria. D^a Vanessa Cisteré

facilitó copia de las publicaciones en el *Boletín* de la ILE y nos proporcionó el origen de la figura 8. Al Dr. Antonio Barceló Rosselló por su paciente revisión del manuscrito.

Conflicto de intereses

El autor declara no tener ningún conflicto de intereses.

Bibliografía

- Zarranz JJ, Nicolás Achúcarro Lund (1880-1918). *Neurosci Hist*. 2014;2:74-8.
- Rodríguez Lafora G. El profesor Simarro. *Arch Neurobiol*. 1921;2:209-11.
- Giménez-Roldán S. The Madrid school of neurology (1885-1939). *Rev Neurol (Paris)*. 2015;171:5-15.
- Simarro y Lacabra L. Teorías modernas sobre la fisiología del sistema nervioso. En: Conferencias pronunciadas en el curso académico de 1877-1878. Madrid: Establecimiento tipográfico de los señores J.C. Conde y Compañía; 1878. p.193-218.
- Carpintero H, Campos JJ, Bandrés J. Luis Simarro y la psicología científica en España. Cien años de la cátedra de psicología experimental en la Universidad de Madrid. Madrid: Universidad Complutense de Madrid; 2002.
- Velázquez BL Algunos recuerdos sobre Cajal en el XLVII aniversario de su muerte. Sesión científica de la Real Academia Nacional de Medicina, bajo la presidencia del Excmo. Sr. D. José Botella LLusá, XVIII Sesión Científica, día 27 de octubre de 1981. *Ann Real Acad Nac Med*. 1981;4:662-88.
- De Castro F. Conmemoración de Santiago Ramón y Cajal (1852-1952). *Acta Anat*. 1952;16:416-31.
- Del Río Hortega P, Estable C. Ramón y Cajal. Homenaje en el décimo aniversario de su muerte. Montevideo: Institución Cultural Española del Uruguay; 1944.
- D'Harcourt J, Garrido L, Costero I, Nieto D, Martínez Báez M, Márquez T, et al. Homenaje a Cajal en el primer centenario de su nacimiento. Recordando a Cajal. México D.F.: [s.n.]; 1952.
- Vera Sempere FJ. Luis Simarro, gran maestro de la neurohistología española. Actas del Simposio sobre la Historia de la Medicina Valenciana. Valencia (ES): Denes; 2002.
- Laín Entralgo P. La obra del Dr. Simarro y su entorno. *Investigaciones Psicológicas*. 1987;4:21-36.
- Boor J. Masonería. Arriba. 1952.
- Castilla del Pino C. Pretérito imperfecto. Barcelona: Tusquets Editores; 1997.
- Giménez-Roldán S, Martínez Fuertes L, Gonzalo Moya (1931-1984): un servicio de neurología irrepitible. *Neurosci Hist*. 2014;2:112-26.
- Moya G. Servicio de neurología Nicolás Achúcarro. Madrid: Artes Gráficas; 1967.
- Vidal Parellada, A. Luis Simarro y su tiempo. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas; 2007.
- López Piñero JM. Luis Simarro Lacabra: las técnicas de tinción de la escuela histológica española. *Mente y cerebro*. 2007;25:8-11.
- Simarro L. Ensayo de una exposición sistemática de las relaciones materiales entre el organismo el medio como fundamento de una teoría general de higiene [tesis doctoral]. Madrid: Universidad Central de Madrid; 1875.
- Burdíel I. Isabel II, una biografía (1830-1994). Madrid: Taurus; 2010. Capítulo 6. España sin honra. Agonía de un Reinado: 1866-1868. p. 787-810.
- Portela Arcos A. Enrique Ferrer Viñerta (1830-1891). Reconstrucción de su biografía y de su legado [tesis doctoral]. Valencia (ES): Universitat de Valencia; 1996.
- Puig-Samper Mulero MA. Luis Simarro y las ciencias neurobiológicas (I). *Rev Asoc Esp Neuropsiq*. 1997;7:649-52.
- López Piñero JM. Las ciencias médicas en España del siglo XIX. *Ayer*. 1992;7:193- 240.
- Porras Gallo MI. Buscando la renovación de la enseñanza médica en la España decimonónica: la escuela teórico-práctica de medicina y cirugía del hospital general de Madrid y la escuela práctica de medicina y cirugía de Pedro González Velasco. *Medicina e Historia*. 2002;1:1-16.
- Carlán D. La práctica del doctor González Velasco. *El Siglo Médico*. 1887;34:641-646, 688-693.
- Giménez Roldán S. El doctor Velasco. Leyenda y realidad en el Madrid decimonónico. San Lorenzo del Escorial (ES): Editorial Creación; 2012.
- Freire Gálvez R. Rafael Ariza Espejo, uno de los más famosos médicos españoles del siglo XIX, nacido en la ciudad de Écija. Écija 7 Días [Internet]. 13 ene 2019 [consultado 6 ago 2021]. Accesible en: <http://www.ecija7dias.eu>
- García del Real E. Historia de la medicina española. Madrid: Editorial Reus; 1921.
- Puig-Samper MA. El Dr. Simarro y el movimiento antropológico de su tiempo. En: Campos Bueno JJ, Llavona L. Los orígenes de la psicología experimental en España: el Dr. Simarro. Madrid: Universidad Complutense de Madrid; 1987. p. 115-26.
- Ramón y Cajal S. Recuerdos de mi vida. 3ª ed. Madrid: [s.n.]; 1923.
- Giner de los Ríos F. Lecciones sumarias de psicología. 2ª ed. Madrid: Imp. de Aurelio J. Alaria; 1877.
- Lafuente E. Los orígenes de la psicología científica de España: las "lecciones sumarias de psicología" de Giner de los Ríos. En: Campos Bueno JJ, Llavona L. Los orígenes de la psicología experimental en España: el Dr. Simarro. Madrid: Universidad Complutense de Madrid; 1987. p. 165-87.
- Arias Holgado MF, Fernández Serra F, Francisco Giner de los Ríos y la psicología comparada. *Rev Hist Psicol*. 2003;25:397-446.
- Cacho Viu V. La Institución Libre de Enseñanza. Madrid: Fundación Albéniz/Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales; 2010.

34. Felipe Maso JL. La Institución Libre de Enseñanza, sus principios pedagógicos innovadores y su presencia en el currículo de la Educación Física actual. El primer centro docente español que utilizó el deporte como elemento educativo. *Citius Altius Fortius*. 2014;7:57-82.
35. Durán G, Alonso Burón F, Cajal I. Vida y obra. Zaragoza (ES): Institución Fernando el Católico; 1960.
36. Simarro L. (a) Resumen de conferencias. Teoría de las llamas sensibles y cantantes, 28 de enero de 1877. *BILE*. 1877;74-73.
37. Simarro L. (b) Resumen de conferencias, 28 de enero de 1877 (2ª parte). Teoría de la combustión y de la llama. *BILE*. Madrid: Imprenta de Aurelio J. Alaria; 1978.
38. Simarro L. Serie de accesos de epilepsia - exploración de la temperatura como medio diagnóstico y guía de pronóstico y tratamiento - nitrito de amilo. *BILE*. 1977;361-63.
39. Simarro L. Sobre el espectro de absorción de los medios transparentes del ojo. *BILE*. 1979;60.
40. Simarro L. Sobre el exceso de trabajo mental en la enseñanza. *BILE*. 1989;37- 9.
41. Ayguals de Izco W. El palacio del crimen o el pueblo y sus opresores. Madrid: Imprenta de Ayguals de Izco; 1855.
42. AHUPA: Asociación de Amigos del Hospital de la Princesa [Internet]. Madrid: AHUPA; [s.d.]. III. El Dr. Luis Simarro en el hospital de la Princesa; 4 may 2015 [consultado 6 ago 2021]. Disponible en: <https://www.ahupa.org/historia-del-hospital/sobre-el-cuadro-del-pintor-luis-de-madrazo/>
43. Poyato Galán JM, García Millán MM, Álvarez Rey MF, Federico Rubio y Galí, príncipe de la cirugía, y la urología en la Sevilla del siglo XIX. *Arch Esp Urol*. 2007;60:931-42.
44. Rivera Donoso J. Breve historia del hospital de la Princesa. En: Mancha A, Faura M, Ulibarri JJ, Alcalá J. Memorias del Hospital de la Princesa: recuerdos, vivencias, evolución. Madrid: Asociación de Amigos del Hospital Universitario de la Princesa; 2017.
45. Martínez de Velasco E. El Manicomio de Santa Isabel. La Ilustración Española y Americana. 1872;12-14.
46. Pérez Galdós B. La desheredada. Madrid: Alianza Editorial; 1967.
47. Mendiguchia Carriche A. Algunos datos históricos sobre el Manicomio Nacional de Santa Isabel de Leganés. *Arch Neurobiol*. 1955;18:933-44.
48. Villasante O. Orden y norma en el manicomio de Leganés (1851-1900): el discurrir diario del paciente decimonónico. *Phrenia*. 2008;8:33-68.
49. Moro A, Villasante O. La etapa de Luis Simarro en el manicomio de Leganés. *Frenia*. 2001;1:97-120.
50. Giménez-Roldán S. Degeneracionismo cerebral y alienistas españoles del siglo XIX: el cráneo y la fisonomía en peritajes judiciales. *Neurosci Hist*. 2016;4:1-8.
51. Simarro L. La opinión vulgar sobre la locura. El Liceo: Semanario Hispano-Americano. 1879;1:90-91, 98-99.
52. Bandrés J, Bandrés A. "La opinión vulgar sobre la locura" (1879): un texto del doctor Simarro. *Rev Hist Psicol*. 2018;39:2-6.
53. Candela Ramírez R. El Manicomio Nacional de Leganés en el primer tercio del siglo XX (1900-1931): organización asistencial, aspectos demográficos, clínicos y terapéuticos de la población internada [tesis doctoral]. Madrid: Universidad Complutense de Madrid; 2018.
54. Amate Martínez MC, Beltrán Ortega JM, Nicolás Salmerón: la vida de un presidente de la Primera República Española. Mojácar (ES): Arráez Editores; 2008.
55. Huertas García-Alejo R. Valentín Magnan y la teoría de la degeneración. *Rev Asoc Esp Neuropsiquiatría*. 1985;5:361-7.
56. Luys JB. *Traité clinique et pratique des maladies mentales*. París: J.B. Bailliére et fils; 1865.
57. Eadie MJ. Absinthe, epileptic seizures and Valentin Magnan. *J R Coll Physicians Edinb*. 2009;39:73-8.
58. Eling P, Vein A. Valentin Magnan and Sergey Korsakov: French and Russian pioneers in the study of alcoholism *J Hist Neurosci*. 2018;27:190-7.
59. Simarro L. Sobre el concepto de locura moral. *BILE*. 1900;48:24-7.
60. Campos Bueno JJ. Simarro, Charcot y los orígenes de la neuropsiquiatría y neuropsicología en España: informes médico-legales e ideas sobre la hipnosis. *Rev Hist Psicol*. 2002;23:85-102.
61. Signoret JL. Une leçon clinique à la Salpêtrière (1887) par André Brouillet. *Rev Neurol (Paris)*. 1983;139:687-701.
62. Simarro V. La enseñanza superior en París. Escuela de antropología. Curso de Mr. Mathias Duval. *BILE*. 1880;4:173-4.
63. Zarranz JJ. Bourneville: un neurólogo en acción. *Neurosci Hist*. 2015;3:107-15.
64. Charcot JM. *La foi qui guérit*. París: Félix Alcan Éditeur; 1897.
65. Drumond E. *La France*. París: Jouive Mardon et Flammarion Eds; 1886.
66. Daudet A. *Les rois en exil*. París: E. Dentu; 1879.
67. Zola É. *Lourdes*. París: G. Charpentier & E. Fasquelle; 1868.
68. Zola É. *Thérèse Raquin*. París: A. Lacroix, Verboeckhoven et cie; 1868.
69. Villacorta Baños F. El Ateneo de Madrid (1896-907). La escuela de estudios superiores y la extensión universitaria. *Hispania: Revista Española de Historia*. 1979;39:101-58.
70. De la Revilla M. Introducción. *Revista Contemporánea*. 1875;1:121-8.
71. Simarro y Lacabra L. Teorías modernas sobre la fisiología del sistema nervioso. En: Conferencias pronunciadas en el curso académico de 1877-1878. Madrid: Establecimiento Tipográfico de los Señores J.C. Conde y Compañía; 1878. p. 193-218.
72. Simarro L. Mata y la medicina legal. Orfila y la toxicología. La ciencia médica y las teorías modernas ante los tribunales y la ley. En: Ateneo de Madrid. *La España del siglo XIX. Colección de conferencias históricas celebradas durante el curso 1885-1886. Tomo II*. Madrid: Ateneo de Madrid; [s.d.]. p. 521-60.

73. Bartomeu-Sánchez JR. Popularizing controversial science: a popular treatise on poisons by Mateu Orfila. *Medical History*. 2009;53:351-78.
74. Corbella i Corbella J. Segundo centenario del nacimiento de Pedro Mata y Fontanet (Reus, 1811- Madrid, 1877). *Gimbernat*. 2011;56:19-31.
75. Carpintero Capell H. Política y psicología: Luis Simarro y el proceso Ferrer. Un centenario olvidado. Sesión del día 23 de junio de 2009. *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*. 2009;613-36.
76. Campos Bueno JJ. El estudio de las localizaciones cerebrales en los albores el siglo XX. *Rev Hist Psicol*. 2002;23:597-602.
77. Corral Corral I, Corral Corral C. El asunto Martín Larios y los inicios de la neurología en España: Charcot refutado por Escuder, Vera y Simarro. *Neurología*. 2000;15:231-41.
78. Simarro Lacabra L. Un caso de tumor cerebral. *Revista de Madrid*. 1895;2:49-56.
79. Corral I, Corral C. Bibliografía clínica de Luis Simarro: un caso de tumor cerebral, 1895. *Neurosci Hist*. 2017;5:114-22.
80. Critchley M. Hughlings Jackson. The man and his time. *Arch Neurol*. 1986;43:435-7.
81. Krumholz A, Bergey GK, Nathanson M. John Hughlings Jackson's observations on "lower level", or pontobulbar, fits and their relevance to current concepts of seizures and myoclonus. *Neurology*. 1994;44:1527-30.
82. Franz EA, Gillett G. John Hughlings Jackson's evolutionary neurology: a unifying framework for cognitive neurosciences. *Brain*. 2011;134:3114-20.
83. Gillett G, Franz E. John Hughlings Jackson: bridging theory and clinical observations. *Lancet*. 2013;381:528-9.
84. Salas Catalá J. Luis Simarro y el evolucionismo. En: Campos Bueno JJ, Llavona L. Los orígenes de la psicología experimental en España: el Dr. Simarro. Madrid: Universidad Complutense de Madrid; 1987. p. 83-97.
85. Simarro L. El exceso del trabajo mental en la enseñanza. *BILE*. 1889;288:37-9.
86. Simarro L. De la iteración. *BILE*. 1902;26:348-52.
87. Llavona R, Bandrés J. El profesor Simarro en la Universidad Central de Madrid. *Rev Hist Psicol*. 2002;23:77-84.
88. Marsden CD. The mysterious motor function of the basal ganglia. The Robert Wartenberg Lecture. *Neurology*. 1982;32:514-35.
89. Bastian AJ. Understanding sensorimotor adaptation and learning for rehabilitation. *Curr Opin Neurol*. 2008;21:628-33.
90. Doyon J. Motor sequence learning and movement disorders. *Curr Opin Neurol*. 2008;21:78-83.
91. Simarro Lacabra L. El proceso Ferrer y la opinión europea. Tomo I. El proceso. Madrid: Imprenta Eduardo Arias; 1910.
92. Sancho Ruíz M. La investigación pericial en el atentado a los Reyes el 31 de mayo de 1906 en Madrid. *Rev Esp Med Leg*. 2007;32-9.
93. Carpintero Capell H. Política y psicología: Luis Simarro y el proceso a Ferrer. Un centenario olvidado. *Anales Real Academia Ciencias Morales y Políticas*. 2009;86:613-36.
94. Álvarez Lázaro PF. La masonería librepensadora en la vida, la obra y el proceso de mitificación de Francisco Ferrer Guardia. *Analecta Sacra Tarraconensia: Revista de Ciències Històricoecclesiàstiques*. 2009;82:281-380.
95. Albarracín A. El Dr. Simarro y la escuela histológica española. En: Campos Bueno JJ, Llavona L. Los orígenes de la psicología experimental en España: el Dr. Simarro. Madrid: Universidad Complutense de Madrid; 1987. p. 99-113.
96. De Iracheta C. Carlos de Iracheta. [s.l.]: Carlos de Iracheta; [s.d.]. La destrucción de la casa del Dr Juan Madinaveitia (1861-1938) en el Guadarrama; 5 mar 2017 [consultado 27 jul 2021]. Disponible en: <https://www.carlosdeiracheta.com/la-destruccion-de-la-casa-del-dr-juan-madinaveitia-en-el-guadarrama>
97. Auñamendi Eusko Enziklopedia [Internet]. San Sebastián [ES]: Eusko Ikaskuntza; © 2022. Estornés Zubizarreta I. Madinabeitia Ortiz de Zárate, Juan [consultado 27 jul 2021]. Disponible en: <https://aunamendi.eusko-ikaskuntza.eus/es/madinabeitia-ortiz-de-zarate-juan/ar-90805/>
98. Pons Sorolla F. Sorolla y su familia. En: Peel E. Joaquín Sorolla y Bastida. Londres: Philip Wilson Publishers; 1989. p. 19-34.
99. Aguirre de Viani C. Cajal y su escuela. Salamanca (ES): Junta de Castilla y León; 2002.
100. Campos-Bueno JJ. Art and science in Sorolla's painting A research in Dr. Simarro's lab. *Psychologia Latina*. 2010;1:9-26.
101. Giménez-Roldán S. Miguel Gayarre (1866-1936) y la neurología madrileña. *Neurología*. 2002;17:324-7.
102. Rahmani R, Medrano J, Martínez O, Markez I, Pacheco L. Hace ya algún tiempo: Miguel Gayarre Espinal (1866-1936). *Norte de Salud Mental*. 2021;17:123-9.
103. García Castro JA. Psicopatología y espiritualidad en la vida y obra de Juan Ramón Jiménez [tesis doctoral]. Murcia: Universidad de Murcia; 2017.
104. Pacheco-Larrucea S, Dávila-Wood W, Álvarez de Eulate Unibaso S, Padró-Moreno D, Pacheco-Yáñez L. Aproximación psicopatológica a Juan Ramón Jiménez, Premio Nobel de Literatura. *Gac Med Bilbao*. 2020;117:43-51.